

clavos fundado en el conocimiento de la economía y de la sociedad local. En el *Tratado breve de Rios (ou Reimos) de Guiné de Cabo Verde* (1954) el capitán André Alvarez de Almada se detiene en la descripción del sistema judicial indígena y en la *Descrição da Serra Leoa e dos Rios De Guiné de Cabo Verde* (1625) André Donelha considera las formas de transmisión de poder en sentido patrilineal o matrilineal en el reino Wolof desde el punto de vista del comercio de esclavos. Todos estos casos pueden ser considerados como síntomas de la continuidad de formas de saber antropológico en la estrategia colonial portuguesa, cuya manifestación según Gallo se determina siempre en caso de amenaza de la gestión directa de las colonias y en un contexto de dominio subalterno (pertenencia de Portugal al imperio español en 1580-1640; posición de inferioridad frente a las potencias internacionales en los siglos XIX-XX).

El estudio de Donato Gallo, que traza un cuadro completo y documentado de las relaciones entre ciencias humanas y administración colonial en el África portuguesa, al mismo tiempo abre la perspectiva de una visión más general de las formas de elaboración y difusión de la cultura en Portugal, un país en el que, sobre todo en el largo período del salazarismo, amplios sectores de la producción cultural —como la reflexión antropológica— fueron monopolio de un *élite* dominante reducida y a menudo oculta. Representa, además, una aportación relevante en el debate sobre el origen y el desarrollo en Occidente de la antropología, sobre todo en su original consideración de la influencia en las investigaciones y en las teorías antropológicas de las situaciones de competición entre potencias imperialistas.—AUGUSTO GUARINO.

ORTIZ GARCÍA, Carmen: *Luis de Hoyos Sáinz y la antropología española* (Madrid: CSIC, 1987), 612 pp., 5 láms.

El estudio que vamos a comentar viene a ocupar un lugar significativo dentro del conjunto de trabajos que están apareciendo desde hace algunos años sobre la historia de la antropología española. Concretando algo más, podemos señalar que se trata de una biografía, que, no obstante, no se reduce a los límites del género, sino que trata de ofrecer un panorama general de la antropología española durante las últimas décadas del siglo XIX y primeras del XX; todo ello, obviamente, a través de la larga vida y la extensa obra de Luis de Hoyos (1868-1951).

El libro sigue la estructura clásica de introducción, biografía del personaje, estudio de su obra y conclusiones. Se completa con la bibliografía y cuatro apéndices documentales: cronología de la vida de Hoyos, relación de sus obras, correspondencia (53 cartas) y, por último, la reproducción de los diferentes cuestionarios redactados por él.

En las páginas biográficas se estudia el amplio abanico de actividades a las que se dedicó Hoyos, sin aislar su labor antropológica y etnológica del resto, porque este deslinde nunca existió. Los acontecimientos y circunstancias que marcan el desarrollo vital de don Luis pueden sintetizarse en los siguientes hechos. En primer lugar, su licenciatura en Ciencias Naturales (y luego en Derecho) y el viaje pensionado a Francia, que le van a posibilitar el presentar la primera tesis doctoral de antropología leída en la Universidad de Madrid, en 1895. Con este comienzo académico tan marcadamente enfocado hacia la antropología parecería lógico que su futuro se hubiera desenvuelto precisamente en ese ámbito, como catedrático de antropología, casi la única salida profesional para su especialidad. Eso no fue así por muy diversas razones y Hoyos dedicará toda su vida a la enseñanza (incluidas la antropología y la etnología) pero siempre desde cátedras ajenas

a esas materias. Desde 1898 hasta 1908 es catedrático de Agricultura en el Instituto de Toledo. A continuación, y hasta 1931 lo será de Fisiología en la recién creada Escuela de Estudios Superiores del Magisterio, en Madrid, donde organiza un Seminario de Etnografía y Artes Populares. Durante esos años emprende sendos viajes de estudio a distintos países europeos, participa en numerosos congresos y sociedades científicas y organiza con enorme éxito la Exposición del Traje Regional en 1925. En 1932 se hace cargo de un nuevo destino académico, como catedrático de Fisiología e Higiene Escolar en la Sección de Pedagogía de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid. Allí continúa el seminario creado en la Escuela del Magisterio, dedicándose durante estos años con especial interés a la etnografía, sin por ello dejar de lado la antropología física. La Guerra Civil marca el final de esta penúltima etapa en la vida de Hoyos, durante la cual consigue uno de sus mayores logros personales: la creación del Museo del Pueblo Español en 1934. Cuatro años después le llega la jubilación, pero desde entonces hasta su muerte (en 1951) no detiene su actividad y ello pese al enorme obstáculo que supone su casi absoluta ceguera. Su avanzada edad y las secuelas sociales de la guerra le impiden la comparecencia en actos públicos pero su investigación personal no cesa, gracias a la indispensable colaboración de su hija Nieves. El ejemplo más claro de lo que decimos se encuentra en la publicación, en 1947, del conocido *Manual de Folklore*. Hasta los últimos años de su vida, e incluso de forma póstuma, continúan apareciendo artículos suyos en las revistas científicas, especialmente en las del por entonces creado Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Por todo lo que llevamos dicho resulta obvio que la vida de Hoyos, pese a la multiplicidad de tareas a las que se dedicó, estuvo especialmente comprometida con el desarrollo e institucionalización de la antropología y la etnología en España. Otra cosa distinta es que tras su muerte se quebrara la línea por él establecida.

Tras la biografía, nos encontramos con el estudio de la obra antropológica de Luis de Hoyos, que ocupa casi tres cuartas partes de la obra. Su organización se articula en una introducción y cinco apartados, de muy diferente extensión, dedicados a analizar las diferentes aportaciones de Hoyos a los distintos ámbitos antropológicos a los que se dedicó: antropología física (pp. 177-272), etnología (pp. 272-453), prehistoria (pp. 453-471) e historia de la ciencia (pp. 471-516).

Antes de entrar en las referidas materias, la autora delimita el concepto de antropología manejado por Hoyos y lo relaciona con el existente en los medios científicos de la época. El concepto de Hoyos conecta más directamente con el vigente en las décadas finales del siglo XIX en España que con el que empieza a manifestarse desde comienzos de la centuria siguiente, principalmente en el mundo anglosajón. Para Hoyos la antropología es esencialmente física o biológica pero, al mismo tiempo, no reduce a la etnología a un segundo plano, sino que trata de interrelacionar ambas ciencias (y con ellas la prehistoria) para lograr dar entidad así a una antropología general. Esta idea permanecerá fija en la mente de Hoyos, aunque al mismo tiempo se percibe una clara evolución en su obra que le conduce progresivamente a una mayor valoración y dedicación a lo etnográfico y etnológico.

Ya dentro de la antropología física, destaca la autora que el principal objetivo de Hoyos será «construir una antropología española», que ciertamente apenas existía. Para ello lo fundamental va a ser (al igual que en los restantes ámbitos antropológicos) «contar con unos métodos científicos con los cuales poder recoger material y analizarlo en los laboratorios» (p. 179). Esta actitud positivista no le impide decantarse frente a las cuestiones teóricas más complejas y delicadas del momento, como el origen del hombre o el racismo, ante las cuales se pronuncia por las posiciones más avanzadas, no sin dar

muestras de gran cautela y seriedad científica. Todo ello le llevará a sufrir (junto con su amigo y colaborador Telesforo de Aranzadi) las críticas de los autores más tradicionalistas y conservadores.

Su positivismo queda manifiesto de manera especial en su honda preocupación por el acopio de datos, que le lleva a publicar un buen número de fichas y hojas de instrucciones para ser manejadas por estudiantes, médicos o aficionados.

Su obra, en el marco de la antropología física, aborda muy variadas materias: antropometría (y principalmente craneometría), demografía, fisiología, serología y raciología, siendo especialmente innovador en la craneología (trabajando con Aranzadi) y en la determinación de la distribución de los grupos sanguíneos entre los españoles. Capítulo aparte merecen sus manuales y obras generales. Su *Técnica antropológica* (1893) «fue el primer libro dedicado a servir de texto a los estudiantes de la cátedra de Antropología de Madrid» (p. 266). Más importante aún fueron las *Lecciones de antropología* redactadas con Aranzadi, que si en la primera edición (1893-94, 2 vols.) «eran un compendio bastante completo de Antropología física, con algunos aditamentos menores sobre la cultura de los variados tipos humanos, en la edición de 1899-1900 lo que encontramos es un verdadero manual de Antropología general» (p. 267).

Como valoración general de la obra de Hoyos sobre antropología física, C. Ortiz apunta su positivismo y el hecho de que las conclusiones que se recogen en sus trabajos se refieren siempre a «ámbitos concretos de la realidad», circunstancia muy acorde con el deseo del autor de ir creando progresivamente la antropología española.

El segundo gran ámbito de trabajo de Hoyos es la etnología. La autora trata de mostrar en este apartado el significado que tenían para Hoyos, a lo largo de su obra, los conceptos claves de la investigación etnográfica y etnológica. En primer lugar, se explica el concepto de etnología, cuyo significado evoluciona en el pensamiento de Hoyos hasta quedar identificado claramente con el estudio de las culturas, diferenciado de la antropología, que analiza las razas desde una perspectiva física o biológica. Con ese concepto de etnología claro, se pasa a mostrar la orientación teórica que guía los estudios de Hoyos, que no es otra que el difusionismo, bebido directamente del ámbito austroalemán. Sin embargo, su adscripción no es total ni absoluta y esto es especialmente notorio (además de por su dedicación a culturas occidentales, no primitivas) por su defensa de los presupuestos básicos del evolucionismo, tanto biológico como cultural. En realidad, el eclecticismo de Hoyos es bastante acusado.

Otros conceptos que se tratan de vislumbrar son los de etnografía y folklore y sus relaciones con la etnología. La autora insiste en la falta de claridad que caracteriza gran parte de la obra teórica de D. Luis pero, no obstante, parece evidente que para éste (sobre todo en sus últimas décadas) la etnografía describe las culturas, mientras que la etnología estudia la «formación y evolución de las civilizaciones en el sentido más general» (p. 284). El contenido del folklore como disciplina siempre será mucho más confuso para Hoyos y acabará afirmando que es «dentro de la Etnografía, lo que no es tecnología popular o natural y primitiva» (p. 291).

Pero además de aclararnos la autora el significado en Hoyos de los conceptos relativos a las disciplinas antropológicas, estudia otros concernientes al objeto de análisis de aquéllas, como son «pueblo», «tradicional» y «hechos folklóricos». Una vez conocidos estos presupuestos teóricos, se presentan las relaciones que Hoyos establecía entre la etnología y otras ciencias, especialmente con la sociología, la geografía y la historia.

Tras los análisis anteriores ya es posible introducirse en el estudio de la metodología etnográfica y etnológica del autor. Dada la situación tan escasamente brillante en la que se encontraban estas disciplinas en la España del momento, el objetivo de Hoyos va a

ser precisamente crear esa base metodológica. Esta labor la articula en dos vertientes: una técnica (cuestionarios y guías para la recogida de material) y otra más general, para dotar a la investigación etnográfica de una coherencia y estructura propias, basadas en la metodología de las ciencias naturales. Junto a esta tarea de carácter marcadamente científico, Hoyos luchará toda su vida por lograr la institucionalización de la etnología en España y lo logrará en buena medida, aunque, desgraciadamente, tras su muerte se rompe esa continuidad.

Su plan de trabajo etnográfico es ciertamente ambicioso y, como apunta la autora, se advierte la intención de «contribuir a una obra extensa y colectiva» (p. 357). Las materias a las que va a dedicar especial atención son muy variadas: el traje regional, fiestas, delimitación de regiones naturales, formas de poblamiento, toponimia, sistemas de transporte, sociología agrícola, alimentación y ciclo vital. Son particularmente relevantes sus aportaciones (y las de sus alumnas de la Escuela de Magisterio y otros colaboradores) al conocimiento del traje regional, estudiado de manera metódica y muy científica y que dan como resultado la elaboración de numerosas monografías y el éxito de la famosa exposición de 1925. Apuntemos también que por lo que se refiere a los estudios sobre el ciclo vital, Hoyos utiliza y difunde los resultados de la memorable encuesta del Ateneo de 1901, en la que él mismo había colaborado con la redacción de algunas respuestas. Al valorar toda esta labor etnográfica, C. Ortiz destaca que los temas fueron elegidos más que por preferencias personales, por el deseo de rescatar una información y unos materiales en grave peligro de desaparición. Además, el deseo de Hoyos era esencialmente abrir caminos a la investigación futura, para lo que dispuso de toda la base metodológica previa en forma de cuestionarios y manuales, siendo especialmente importante su *Manual de Folklore* (1947), escrito en colaboración con su hija Nieves, que pese a sus deficiencias y envejecimiento, aún no ha sido superado por ninguna obra de semejante alcance.

Pero el trabajo de Luis de Hoyos en el ámbito etnográfico no se limitó a su producción escrita, sino que tuvo en la enseñanza y la museografía dos contribuciones fundamentales. Por lo que se refiere a esta última, nos limitaremos a recordar la organización de la Exposición del Traje Regional, en 1925, y la creación del Museo del Pueblo Español en 1934.

Por último, en el libro se hace referencia a otros ámbitos de estudio tratados por Hoyos, la prehistoria y la historia de la antropología. Este último resulta especialmente importante, tanto por el significado que tiene en su época como por la información que ofrece a los actuales historiadores de la antropología española. Hoyos escribió varias biografías de antropólogos (tanto españoles como extranjeros), destacó y valoró la obra etnográfica de los cronistas de Indias, analizó los estudios antropológicos del siglo XIX y, finalmente, hizo lo propio con los contemporáneos, reuniendo bibliografía y realizando estudios comparativos con producciones extranjeras. Entre sus trabajos historiográficos destacan las *Notas para la historia de las ciencias antropológicas en España* (1912), los dos últimos capítulos de su obra *Etnografía. Sus bases, métodos y aplicaciones a España* (1917) y el dedicado a esta materia en el *Manual de Folklore* (1947). En definitiva, se puede afirmar que Hoyos es el profesional que más interés muestra en su época por la historia de la antropología y al mismo tiempo este interés refleja el relativo desarrollo alcanzado por la antropología española en las primeras décadas de este siglo y que desaparece después de la guerra, para no recuperarse hasta hace algunos años.

Del capítulo dedicado a la valoración histórica de la figura de Luis de Hoyos nos limitaremos a recoger cuatro observaciones fundamentales: 1.º, Hoyos se nos presenta como una figura intermedia entre la antropología de fines del XIX y principios del XX y la actual, siendo fundamental la significación de su obra; 2.º, «con él (y con Telesforo

de Aranzadi, que presenta la misma trayectoria) se unen las dos tendencias que discurrían paralelas a fines del siglo XIX, integrándose la Etnografía y el Folklore en el marco de las ciencias antropológicas» (p. 519); 3.º, la multiplicidad de actividades a las que dedica su empeño conducen al logro de una cierta institucionalización de la antropología en España, que, sin embargo, se mantendrá como tal sólo gracias a la fuerza vital de Hoyos, desapareciendo tras su muerte; 4.º, su labor en pro de la antropología española no se reduce a la extensa obra escrita, ni a la citada institucionalización, sino que consigue darle una auténtica proyección internacional, gracias a la publicación de numerosos artículos en revistas extranjeras, participación en congresos y comisiones, etc.

Lo que hasta aquí hemos escrito se refiere a la información que sobre Luis de Hoyos y su obra nos ofrece el libro comentado. Veamos ahora la forma en que se presenta todo ese material. El trabajo de C. Ortiz es muy voluminoso, sin ninguna duda se trata del estudio de mayores dimensiones que conocemos sobre historia de la antropología española. Su imagen externa es bastante adusta, sólo cinco láminas ayudan a amenizar la lectura. El análisis que se hace de las obras de Hoyos es muy detallado, quizá excesivamente prolijo en algunos casos. En realidad esto no puede considerarse un factor negativo, pues precisamente gracias a ello, creemos que el trabajo logra presentar un panorama completo de la producción de Hoyos. Lo que en algún momento se pierde en amenidad se gana en profundidad de análisis.

Otra circunstancia destacable es que la figura de Hoyos no aparece (como ocurre en muchas obras biográficas) exaltada o enaltecida sin más. La autora destaca la gran importancia de su labor, pero también critica sus deficiencias y esto es especialmente notorio en lo que se refiere a la falta de claridad apreciable en buena parte de sus escritos, o a determinadas concepciones personales, muy discutibles, concernientes a la recogida de materiales e información.

Por último, señalemos el interés de los apéndices documentales, aunque, como reconoce la autora, el dedicado a la correspondencia resultaría aún de mayor interés de haber podido sacar a la luz mayor número de cartas. Creemos que en años venideros esto será subsanado, cuando esté más accesible la totalidad del archivo personal de Luis de Hoyos.

En definitiva, y para concluir, nos encontramos ante una obra de gran importancia para la historia de la antropología española, que, aunque suene a tópico, ofrece luz sobre la obra de una personalidad (e incluso una época) escasamente estudiada y peor valorada, y que por ello ha de servir de apoyo y referencia para un buen número de investigadores.—LUIS ÁNGEL SÁNCHEZ GÓMEZ.

HAUDRICOURT, André-Georges: *La technologie, science humaine. Recherches d'histoire et d'ethnologie des techniques* (Paris: Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme, 1988), 343 pp., ilust.

El libro que reseñamos a continuación se inscribe en una feliz recuperación editorial de la obra de A. G. Haudricourt. Con anterioridad a su publicación han visto la luz nuevamente el célebre *L'homme et la charrue à travers le monde* (Lyon: La Manufacture, 1986) que editó en 1955 junto a Mariel Jean-Brunhes Delamarre y *L'homme et les plantes cultivées* (Paris: Éditions A. M. Métailié, 1987) que escribió en colaboración con L. Hédin. A estos dos libros cabe sumar otro, en el que se hace un repaso a su vida a